

- Portada ▶
- Variedad ▶
- Sociedad ▶
- Cultura ▶
- Espectáculos ▶
- Además ▶



Sepultura
en Costa Rica

¿Qué le pareció, como espectáculo, la Teletón de este año?

- Excelente
- Muy buena
- Buena
- Regular
- Mala
- Muy mala
- Pésima
- No sabe/No responde

Email:

[Ver resultados](#)

Votar

Cinco miran el Festival

• *Los críticos de Viva se tiran a la calle para ver con otros ojos el Festival de la Luz.*



La noche fría cambia con el calor humano de todos los que están involucrados en el Festival de la Luz del pasado sábado 13 de diciembre: los que transitan por la calle y los que, desde sus costados, frotan sus manos en aplausos. También están, por ahí, los críticos de la revista *Viva* de *La Nación*.

Comparten entre ellos a la vez que agudizan sus sentidos y sus opiniones. Ellos escriben de un Festival desde la perspectiva de sus trabajos en las páginas de este periódico.

Aurelio Horta, crítico de artes plásticas, habla de la diversidad cultural desde una síntesis visual del espectáculo. Marta Ávila, crítica de danza, insiste en que se promueven imágenes ajenas mientras los cuerpos se resisten a la música.

Darío Chinchilla, crítico de televisión, señala que el Festival semeja la experiencia del *zapping* con el control remoto del tele. Por su parte, William Venegas, crítico de teatro y cine, compara la noche festivalera como una película sin autoría entre luces y sombras. Finalmente, Alberto Zúñiga, crítico de música, habla de un homenaje a la bulla, y que nadie baje el volumen.

Sonidos del Festival

Alberto Zúñiga

Los sonidos del Festival de la Luz no son precisamente los sonidos del silencio. Una actividad tan masiva como esta aporta una vivencia sonora de rotundo impacto en la multitud. Para uno, que pasa escuchando conciertos con la intención de comprender su estructura y la propuesta que los músicos entregan a la audiencia, no resulta nada fácil querer ordenar este singular evento multisonoro que, a fin de cuentas, es una buena muestra de lo que es el entorno actual: sonidos variopintos, bulla barroca, estímulos en decibeles por doquier, un caos inaudible que terminamos aceptando, e incluso ordenando.

El Festival simplemente reproduce lo que ya existe con una intensidad agotadora. Sin embargo, el público sabe cómo resistir y, en ese ejercicio, hasta encuentra modos de diversión. Para todos hay, y en gustos no hay nada escrito.

Sirenas que se mezclan con algunos éxitos del momento, brindados por una improvisada tumbacocos que no pudo competir con las de algunas radioemisoras. Algunas acertadas bandas sonoras en las carrozas que encajaron con el tema propuesto, muchas de ellas amplificadas con regular calidad. Bandas de instrumentos dispares en cantidad y calidad, donde gustosamente siempre se impuso el sentimiento latino aunque se tratara de un villancico. Gritos, silbidos y aplausos, risas, quejas y asombro se entremezclaron en este homenaje a la bulla. Y que a nadie se le ocurra bajar el volumen.

Estética de la vida

Aurelio Horta

Un pueblo se reconoce también por la emoción manifiesta en sus celebraciones, y por la sensibilidad como acoge su momento concreto de alimentar la tradición. El Festival de la Luz resulta una magnífica ocasión para corroborar esa capacidad de sentir y percibir del tico, que los entendidos en la materia llaman estética.

Antenoche se mostró tal cual en la autenticidad del saludo tierno, la sonrisa auténtica y el respeto alegre de quienes protagonizaban el trasiego de carrozas, grupos de porras, bandas y espectáculo del Festival.

Mientras una avioneta anunciaba en medio de la algarabía de los fuegos artificiales el inicio del Festival, una mole casi mágica de

luces abría el desfile, era el carro de bomberos que había convertido el socorro en un puño de fantasía.

San José recibió con verdadera alegría y entusiasmo a su mariscal, aclamaba a uno de sus más grandes contemporáneos, Jorge Jiménez Deredia, quien impresionado y feliz, saludaba agradecido a una multitud que le otorgaba el mayor de los premios posible para un artista, el respeto orgulloso de su pueblo. Esta vez, al escultor del alma tica, el cincel le rebotó hondo al recibir tan impresionante muestra de simpatía franca.

El buen gusto de la mayoría de las carrozas, con sus atinadas alusiones a la diversidad cultural, como la espléndida de la Municipalidad de San José, en su alegoría a ese mundo inicial de las grandes literaturas orientales, o el conjunto panorámico que logró recrear historia, naturaleza y cultura en la Isla del Coco, patrocinada por la Corporación de Supermercados Unidos, o la del Banco de Costa Rica, con una amena síntesis visual sobre la necesidad del ahorro, vista desde la alcancía a lo telemático del futuro, bien pudieran ilustrar cómo la recepción del público no es tan lineal como el estallido y fugacidad de los fuegos artificiales, sino que ese público es muestra de la idiosincrasia de una sociedad que conserva aún la ilusión de un hoy, que es su estética de la vida.

Imágenes ajenas

Marta Ávila

El Festival de la Luz es la confluencia de movimiento, música, color, texturas, expresiones y adrenalina. Es una fiesta. En el desfile mostraron sus galas los grupos de porristas, bandas colegiales y comunales, así como las esperadas carrozas.

En este tipo de eventos podemos identificar muchos elementos que nos caracterizan y que forman parte de nuestra idiosincrasia. El primero es la tímida forma en que se mueve el tico. Somos poco expresivos con los cuerpos aún en las manifestaciones populares. Pareciera que la música no permea la piel de los ejecutantes de las bandas, porristas, algunas carrozas y el público. El otro elemento es el deseo de promover imágenes ajenas a nuestra cultura. No faltaron los personajes promovidos por Disney, los paisajes nevados. En hora buena las imágenes alusivas a la Isla del Coco, patrimonio de la humanidad. O la del Parque Nacional de Diversiones con su paleta cromática tropicalizada, donde los habitantes del circo encantaron con sus dotes extraordinarios.

También los porristas le dieron un sabor regional a su travesía.

En iniciativas como estas es fundamental, para los tiempos globalizados, promover aspectos de nuestras identidades.

Luces y sombras

William Venegas

Al salir de la casa, una mirada a la tele. La pantalla chica anuncia el Festival de la Luz, lo hace con la sonrisa mediática en el rostro de Adriana Durán. Sin embargo, preferimos ver ese Festival en pantalla grande y buen sonido: en la calle misma.

Estamos en Avenida Segunda, como si fuera el estreno fílmico al que llegan las estrellas y donde el público se aposta a los lados para verlas. Primero, el brillo alegre del juego de pólvora, mejor utilizada aquí que por Bush en Iraq. Luego el paseo del mariscal festivalero, el escultor Jiménez Deredia, como si fuera Steven Spielberg.

Luego luces, carrozas, bandas, gimnastas, mascaradas, música, como en una cinta donde más importa el efecto visual que la trama. Todo es lindo, sin que lo "lindo" sea categoría estética, pero muy neutro.

Es como el cine sin autoría: no hay trasgresión alguna y la publicidad aparece como en filmes con comerciales despistados. Cada carroza es una mercancía. Al paso del festival, los tiempos muertos de una mala película aparecen: la calle queda vacía por largos minutos y no hay intensidad.

Si el Festival es alegría, al desfile le falta humor, como una mala comedia con Jim Carrey: pura gestualidad. Hay algunos buenos mensajes. Es el toque humano en medio de la frivolidad.

Cuando nos alejamos, un niño pide limosna sentado en la acera: es la otra realidad, la que permanece más allá de luces propias de un cine blando. Entre la sonrisa inicial de Adriana Durán y un niño pobre, entendimos que la vida no está en ese Festival, así como la ley no está en una película de juicios. Luces y sombras.

Calidad sin unidad

Darío Chinchilla

Un desfile es el gran mega espectáculo de "ver pasar". Por la calle pasan siempre las transitorias atracciones de carrozas, porristas y bandas; en la acera, siempre estacionados, los espectadores.

La propia naturaleza de la actividad se puede comparar a estar haciendo *zapping* con el control remoto del tele: la experiencia de vivir el desfile consiste en presenciar un rosario de pequeños espectáculos fugaces e inconclusos.

Y esto es más visible por la discordancia entre lo que estamos presenciando y lo que veremos después. Ahora oímos la colección de villancicos criollos e importados, luego escucharemos la versión disco de *La Guerra de las Galaxias*; ahora vemos un Aladino en patines blandiendo un sable, luego un Colacho arrastrado por carritos de supermercado.

Un espectáculo que por naturaleza es tan variado, pienso que debería tener un poco más de definición. Desde el momento en el que cada grupo presenta lo que le place, se sabe que el resultado, no será más que un montón de cosas sin mayor coherencia.

El Festival de la luz es un evento en el que cada presentación es solamente un componente de la "obra total". Creo que sería mucho más enriquecedor si la organización del evento dictara una pauta en la que se guarde unidad en cuanto al mensaje: que al partir de un punto común, cada grupo trabaje su creatividad

Las ganadoras

El Festival de la Luz 2003 tiene ya sus carrozas ganadoras. Dos fueron las afortunadas que se repartieron los seis premios.

La carroza que más brilló. Primer lugar. Parque de Diversiones.

La carroza más original. Corporación de Supermercados Unidos-C.S.U.

La carroza más elegante. Corporación de Supermercados Unidos-C.S.U.

La carroza con mejores movimientos de elementos. Parque de Diversiones.



La carroza con mejores efectos de luz. Parque de Diversiones.

La carroza con mejor efecto infantil. Corporación de Supermercados Unidos-C.S.U.

© 2003. LA NACION S.A. El contenido de nacion.com no puede ser reproducido, transmitido ni distribuido total o parcialmente sin la autorización previa y por escrito de La Nación S.A. Si usted necesita mayor información o brindar recomendaciones, escriba a webmaster@nacion.com